

PRESENTACIÓN DE ESTELA MEDINA

Jorge Arbeleche

Aventurarse en la lectura de un libro de poesía es tan arriesgado como penetrar a través del espejo de Alicia, es adentrarse en otra topografía de la maravilla. Maravilla que puede ser de luz o de tinieblas. Penetramos al universo de las interrogaciones. preguntas sucesivas que no admiten respuesta. Y nosotros, los lectores nos cuestionamos qué habrá querido decir y a quien se dirigía Garcilaso de la Vega, cuando exclamó “Escrito está en mi alma vuestro gesto. Por vos nací por vos tengo la vida por vos he de morir y por vos muero”

Y estos versos, ¿con qué voz los entonaría? ¿Cómo diría sus versos estremecedores nuestra Delmira? ¿Sería grave, pero Suevo Quevedo cuando pronunciaba aquel soneto, tal vez uno de los más hermosos de nuestra lengua, “Cerrar podrá mis ojos la postrera sombra/Serán ceniza más tendrán sentido. Polvo serán más polvo enamorado”.

Por más elucubraciones que hagamos, nunca lo podremos saber. Y acá hace su entrada el intérprete y su máscara. Los antiguos actores del teatro griego usaban máscara, porque máscara también quiere decir persona.

El intérprete es aquel que dice el verso, por otro escrito, en otro tiempo y lugar, y nos lo vuelve inmediato, accesible, lo sentimos próximo y tangible, es el propio autor quien lo dice en forma exclusiva para nosotros. Ese intérprete es el Artista por excelencia, es el re-creador de aquello que escribiera el creador. Y escuchamos, en una actitud de fiel plegaria, porque esa voz nos conduce, por senderos hasta ahora ignorados, hacia otra dimensión del tiempo y del espacio.

Estamos en presencia del gran Misterio que es el Arte, del Enigma que envuelve a cada individuo.

Enigma y Misterio se tornan, por obra y gracia de la voz que dice, en luz, en lumbre, en liberación del ser.

No es sólo con el Talento y el don que trabaja esa voz.

Aprende y lucha con el tiempo, la gradación del tono, desde el grito hasta el susurro, y desde éste hasta el silencio.

Ocurre también, cuando uno entra al Teatro y las luces bajan se apenumbra cada vez más; el escenario está vacío. Oscuro. De pronto

alguien entra. Y ocurre la metamorfosis. Lo que era oscuro, es luz ahora. Lo que estaba inmóvil, se vuelve energía, dinámico entusiasmo.

Sin embargo, la caja de luces no se ha encendido todavía. La figura humana, sola, ilumina todo, con su presencia, sus ojos, sus manos, sus labios, su voz. Entonces, ante nuestros ojos aparece la Reina loca de España, Doña Juana, debatiéndose entre los laberintos del poder y la locura, en diferente ocasión es otra reina, María Estuardo en claro desafío al poder de Isabel de Inglaterra.

Son tan diferentes unas de las otras, pero todas se vuelven creíbles, humanas. Es la misma intérprete con diferentes máscaras. Pero a través de esa máscara encontramos algo definitivo: un estilo. del mismo modo que en un escritor podemos encontrar un eje único, con variantes en sus diferentes visiones del mundo, nunca repetidas, en una intérprete mayúscula, también encontramos a alguien con luz propia, dueña de un estilo único que se puede transformar desde la altura de una imponente trágica hasta la llaneza de un personaje coloquial.

Esas reinas, soberbias de majestad y orgullo, pueden transformarse en la frágil Robustiana de nuestra “Barranca abajo”.

Nosotros los uruguayos, y la Academia Nacional de Letras, junto a la Biblioteca Nacional del Uruguay se enorgullecen de contar en la primera fila de su acervo cultural a una figura que hoy engalana a esta Academia, al Uruguay entero, al teatro y a la Poesía la primera actriz Sra. Estela Medina. A Salto, a todos y a cada uno de los presentes, muchas gracias.